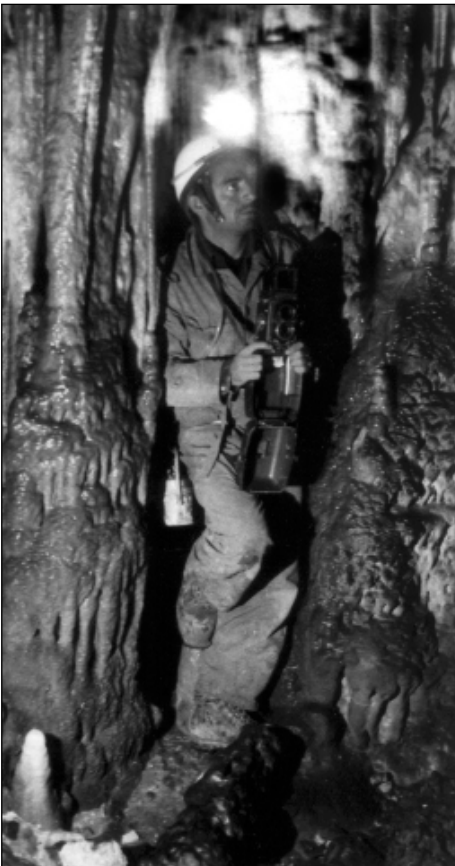


DIVINO AURELIO

En memoria de Aurelio Rubio

Pedro Plana Panyart
G.E. Edelweiss



En la Sala de las Maravillas. Ojo Guareña, agosto 1964.
Foto Navarro.

Debieron ser los alaveses, quienes así le invocaron la primera vez. Buena y dura gente, los que compartieron con él aquella descubierta. Los que le apoyaron cuando atravesó, en una contorsión impensable, el retorcido Paso de los Tres, donde tropezaba y se atascaba el pensamiento más fluido, el que dio acceso a la Segunda Axial de Ojo Guareña. Eraso había intuido la existencia de aquella galería, y le revalidó el sobrenombre: -Aurelio, eres divino-. Desde luego, no era el primero de la historia a quien se le apodaba así, pero no fue el último, en méritos.

Parecía que llevara por delante un invisible pez piloto, que le marcaba claramente el hilo de lo que faltaba por ver. Un polvillo luminoso que se concentraba delante de él, en el rincón más insospechado, donde estaba la continuación.

Lo había aprendido solo, quizá de chaval. Eso es algo que caracteriza a quien lo tiene, y nadie puede encontrar explicación para ello, porque no se aprende de otros, y quizá ni se hereda.

Era montañero desde lo que se recuerda. Gran andarín de líneas de cumbres y arrimado después a la mágica atracción de las verticales que se hundían en la tierra. Pero si llegó a amar la oscuridad y el silencio de las cuevas, nunca dejó de ser menor amante de la luz y del aire de las sierras. Le gustó abrir camino. Sus pasos subían por la cuerda de la montaña, por las crestas desde las que podía dominar ambas laderas, a la vanguardia de los compañeros, hasta que llegaba a la cumbre donde se había de divisar un mundo, y a nuestra llegada, sonreía satisfecho de habernos conducido hasta un lugar de paz, siempre nuevo.

Inició su internada en las entrañas de Burgos en la expedición de Semana Santa del 58 a Ojo Guareña y, desde entonces, sus huellas son un inventario de rincones vírgenes que se fueron incorporando a los archivos del Grupo Edelweiss. Participó en todas las campañas, integrado en los equipos que habían de ir de descubierta a lo que, en cada momento, era el fondo de la cavidad. Se enamoró también,

puedo asegurarlo, de Ojo Guareña. Y aunque siempre se declaró amante de todos los privilegiados parajes burgaleses, y expandió sus hallazgos de nuevas tierras a Castilla y León, a toda España, y vivió luces asombrosas en los mundos de Marco Polo o de Colón, su perla querida estuvo siempre aquí, en Sotoscueva.

En cualquiera de los muchos descubrimientos en los que intervinó, si se planteaba por alguien la duda existencial del espeleólogo: -¿Quién nos reconocerá estos trabajos, algún día, Aurelio?- Él encogía los hombros, mientras encendía un pitillo y fijando la vista en la llama contestaba: -¡Que nos quiten lo bailao!

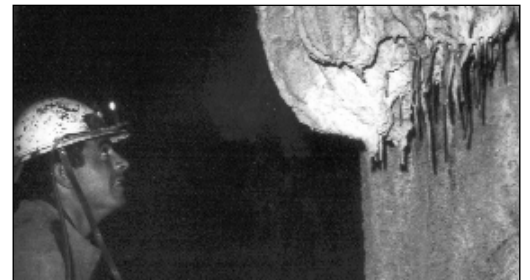
Fumador, sí que era. -Tabaco y cerillas,- decía, -son los elementos indispensables del explorador-. Lo primero le faltó pocas veces, pero lo segundo, recordaba: -Estuvo a punto de acabar en tragedia mucho mayor-, cuando salió él solo desde el Laberinto Alcoy, dejando a Gabriel con una cadera fracturada, sumido en la oscuridad que un accidente acumula siempre sobre el medio subterráneo. Pero Gabriel no estaba solo. Y en la dolorosa espera le preguntó a Ramón -Tú, ¿crees en Dios?-. Hubo un corto silencio de duda, que acabó: - Hombre, n...no creas que mucho-. Seguro que una falsedad piadosa hubiera hecho mucho más negra la oscuridad. Desde la inmovilidad forzada, a Gabri le brilló una sonrisa de sorna: -Tranquilo. Tampoco yo-. Mientras, Aurelio, a medio camino de la salida, en busca de socorro, paró de pronto y se echó las manos al casco, separado de la cabeza por el pañuelo anudado que le empapaba el sudor: -¡Las cerillas!-. Siguió. Midió sus

pasos sobre los bloques resbaladizos y previno las corrientes de aire. Anduvo despacio, sin dar saltos para evitar cualquier golpe en el carburero, haciéndose desde cada recodo de la galería un plano mental de lo que le quedaba por andar. Y controlando el goteo de la reserva de agua alcanzó la boca de Palomera sin que su llama se apagara. Cuando al fin hubo localizado fuera al equipo de la Sima Rizuelos y después de emprenderse la internada de rescate, pudo ya fumar.

Era vehemente exponiendo sus razones, y hablaba claro. Dicen que hubo un memorable alguacil de un pueblo burgalés cuyo nombre no me viene, depurado después, cuando la guerra, que fue quien añadió una coletilla, entre paréntesis, a la placa de madera pintada que el cura había hecho poner en la plaza: "PROHIBIDO BLASFEMAR" "(Sin causa justificada)". Y Aurelio siempre fue respetuoso con la memoria y con el ejemplo de aquél buen funcionario municipal, a quien el celo le había costado la piel. Pero incluso en ocasiones en las que cualquiera hubiera considerado que el motivo llegaba a rebasar lo injustificable, él apuraba aún la compostura, mucho más que otros que forzaban la ocasión faltándole al respeto a la razón y al buen sentido. Solo entonces, coadyuvaba en sus razonamientos con alguna imprecación, que asentaba el estado y el orden de las cosas.

Terminaban de pasar aquellos años de amarguras históricas, rasgadas por espejismos y alegrías efímeras, en los que, a la vuelta de Ojo Guareña, tras las exploraciones del fin de semana, parábamos en el Páramo de Masa o en los rasos de Hontomín para dedicarle a la luna nuestra esperanza revolucionaria

y entonábamos, en aquellas plácidas noches de verano, las can-



Ojo Guareña. 1958
Foto archivo Aurelio Rubio

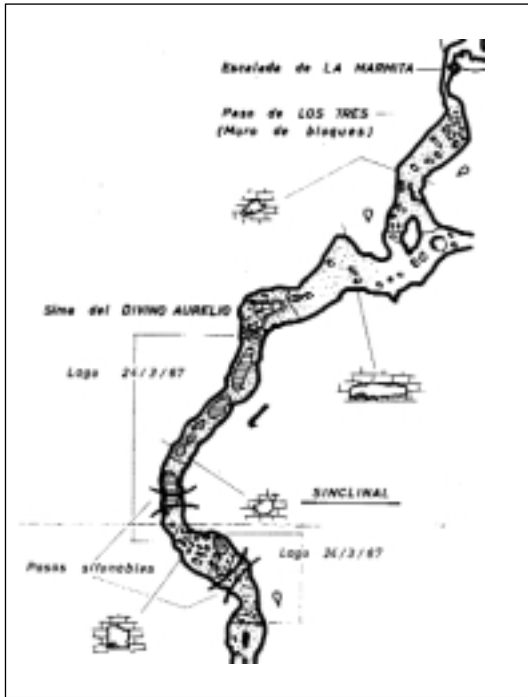
ciones nuevas que nos llegaban embaladas en los macutos clandestinos desde la úlcera del imperio americano:

-Aprendimos a quererle desde la histórica altura donde el sol de tu bravura le puso cerco a la muerte-

Él no era muy dado a esos explayos folclóricos, pero le mirábamos de modo especial, como esperando un guiño de algo más que complicidad. De Aurelio yo sólo sabía, aparte de que desde siempre había sido un magnífico compañero en las exploraciones, que era sobre todo "un tipo válido". Lo había sabido de buena fuente, de alguien que sabía lo que se guisaba en la cocina, como Carmen



Ojo Guareña. 1970
Foto archivo Aurelio Rubio



Fragmento del plano de la Galería del Hambre, en la comunicación con la Segunda Axial de Ojo Guareña. Levantado en 1966 y 67.



Desde las cumbres nevadas del Mencilla, que le vieron nacer, bajó al oscuro dédalo del Guareña y retrató un lugar de sueños maravillosos.

Salió a la luz y encontró un mundo de injusticia e incomprensión. Y luchó hasta el final.

La familia fue la Estrella Polar que guió su norte, sin ella no había nada.

Aprendió geografía, y la Tierra le pareció poco. Por eso se fue a Casiopea, donde nos espera con la mano tendida, fumando un cigarro y con la mochila al hombro, para emprender juntos una expedición a las estrellas.

Aurelio Rubio Marcos 1938-2002

López, y eso en términos políticos debía ser casi el no va más. Pero él era comedido fuera de aquellos otros círculos a los que nosotros no teníamos acceso. Desde nuestra posición de semi-enterados o "enteradillos", atisbábamos cuanto se movía en los núcleos sospechosos de progresía y alargábamos las orejas para captar, en su momento, la señal de la revolución esperada. Y yo seguía sin enterarme de los prolegómenos de la fiesta. La panoplia de tendencias a la izquierda, de signos y símbolos reprimidos, era muy extensa, pero todo olía a lo mismo y nadie, o yo, al menos, entendíamos de la misa la media. Todo el mundo decía estar esperando el momento, pero las guardadas langostas (quizá solo fueran gambas), se fueron pasando de fecha en los frigoríficos y hasta el champán perdió la presión, mientras llegaba la inminente caída del franquismo. Pero al fin, fuera ya de su fecha de caducidad predecida, llegó. Aquellos fueron días flojos para la espeleología, en Burgos. Aurelio y alguno más del Grupo dejaron de salir, llamados por otros compañeros que solo de vagas referencias conocíamos.

Unos y otros, en Castilla o en Galicia, tuvimos también que anteponer las premuras de las asociaciones cívicas de un tiempo de inciertas esperanzas, a las salidas de lo que pasó a ser un hobby valorado secundariamente.

Para mí, pasó una era. Cada vez que volvía a Burgos, encontraba el panorama cambiado y mis cuevas más lejanas y más escondidas en una maleza ingrata. Pero, para él, la Espeleología y las montañas de Burgos fueron siempre la paz preservada. Recuerdo una de las canciones de Atahualpa con las que abría nuestro mundo

*Viento, viento, rejunta las nubes.
Viento, viento, que los cielos lloren.
Escucha los ruegos del pobre pastor.
Viento de los valles dame tu frescor.*

*Triste está la tierra que cultivo yo,
¡como quema el fuego de este ciego sol!*

*La sed traicionera nos quiere matar,
la sed traicionera nos quiere matar.*

Él nunca estuvo colgado de telarañas con los hilos amarrados en las sombras. No perdió su fe y siempre fue un hombre libre.